

Calderón, examen semestral

El presidente ha logrado navegar con buen viento los primeros seis meses, gracias al impulso de la guerra contra el narco y su bono político inicial, dice el autor. Pero ambos se están disipando para dar paso a la ferocidad de los problemas estructurales de México. **TEXTO: JORGE ZEPEDA PATTERSON**

La luna de miel ha comenzado a diluirse. Felipe Calderón consiguió en el arranque de su sexenio niveles de aceptación que nadie podría haberse imaginado. El presidente alcanzó en abril, su quinto mes, un altísimo 70 por ciento de aprobación. El tercero más alto en América Latina. Un resultado sorprendente si consideramos que había tomado posesión “a las escondidas” y entre acusaciones de ser un presidente espurio.

Ciertamente no ha sido una luna de miel de lujo, ni de amores incondicionales. Calderón no es un político que arrastre multitudes o inspire pasiones, ni siquiera dentro de su partido. Pero se ha ganado el respeto de muchos mexicanos por la sobriedad del estilo y su voluntarismo para entrarle a los problemas del país. Sobriedad y voluntarismo que contrastan favorablemente con la pasividad y la frivolidad de Fox.

Los factores para esta luna de miel son varios, las razones para que esté terminando también. Los niveles de aprobación que disfruta Calderón son una mezcla de aciertos aparentes (la decisión de enfrentar al narco), de errores de la izquierda en el proceso postelectoral, y ganas de los mexicanos de salir de la polarización y el clima de confrontación.

También es el resultado de la manera en que el México “institucional”, los medios de comunicación, los poderes en todos los ámbitos, han cerrado filas en torno al nuevo presidente en un ritual que se repite cada seis años. Mientras no demuestre lo contrario, la mayoría de los mexicanos instintivamente asume que, con méritos o sin ellos, el país necesita apoyar a su presidente.

Gracias a ello los mandatarios suelen gozar de un periodo de gracia



para solidificar su posición. Salinas lo "invirtió" en el quinquenio, y Zedillo en el "salinazo", y ambos salieron fortalecidos. Fox en cambio nunca lo usó, a pesar de que su bono de arranque era el mayor de la historia moderna, luego de venderse como el "Mandela" latinoamericano que sacó al PRI de Los Pinos. Tenía tal temor de perder popularidad que prefirió no utilizarla. Pero esa es otra historia.

El riesgo de la guerra

Calderón sabía que debía hacer algo rápido. No podía permitirse un "foxazo" enjuiciando a la familia política del ex presidente, porque su posición en el propio PAN era demasiado endeble para resistir una guerra interna. Del otro lado, tampoco el PRI o el PRD le iban a facilitar en el Congreso alguna reforma impactante o histórica, que le diese popularidad o apoyo social.

Por esa razón optó por la alianza con el ejército y el arriesgado camino de enfrentar a los cárteles de la droga. Fue una buena tarjeta de presentación, pues "leyó" el hartazgo de la opinión pública frente a la pasividad de las autoridades en materia de inseguridad. Calderón logró su objetivo inmediato y levantó sus niveles de aprobación. Sin embargo, cada vez hay más evidencias de que fue a la guerra de manera apresurada (a los 11 días de iniciado su sexenio), con métodos inadecuados, y sin la información suficiente para ganarla. La historia muestra que pocas cosas encumbran tanto a los líderes como lanzarse a una guerra legítima; pero pocas cosas derrumban tanto como una guerra perdida por tomar juicios equivocados. Todo indica que los deplorables resultados de la cruzada en contra del narco pronto comenzarán a abollar el respaldo inicial obtenido por el presidente.

Por otro lado, la tregua tácita otorgada por las organizaciones sociales, luego de la cruda postelectoral, parece haber llegado a su fin.

Los malestares comienzan a ponerse en movimiento y se atisban ya algunos focos rojos preocupantes. La única "reforma" entregada por Calderón hasta el momento, la nueva *Ley del ISSSTE*, ha provocado protestas más aguerridas de lo que se había pronosticado. Si bien fue acogida por los grupos de poder económico, los sectores populares la han repudiado. Prácticamente todos los días grupos sociales de distinta procedencia inmovilizan el tránsito de amplias zonas de la Ciudad de México: desde sindicatos independientes, hasta grupos de vecinos quejosos, pasando por todo tipo de conflictos originados en el amplio territorio nacional.

La derrota del PAN en Yucatán muestra otro flanco preocupante para el presidente, aunque podría trocarlo en una ventaja a su favor. Si bien algunos panistas le reclamarán haber inaugurado su sexenio con la pérdida de una gubernatura, Calderón tratará de utilizar esta derrota para dar el golpe de gracia a su rival dentro del partido, Manuel Espino y su corriente.

Tarea pendiente

El resultado de Yucatán muestra que si existe un ganador en los primeros seis meses del gobierno de Felipe Calderón, este no es otro que el PRI. Gracias a su carácter bisagra en las cámaras, el tricolor es el poder que define leyes, proyectos y presupuestos. En la práctica se ha convertido en una especie de cogobierno, con la ventaja adicional de que todo el desgaste y el golpeteo es absorbido por el gobierno panista de Calderón. Por otra parte, es tan estrecho el margen de maniobra de Los Pinos, que el gobierno está atado de manos frente al mundo corporativo, clientelar y sindical de tradición priista, que vive como en sus mejores días (véase si no el poder que ostenta Elba Esther Gordillo y su grupo).

En resumen, Felipe Calderón ha logrado navegar con buen vien-

to los primeros seis meses, gracias al impulso de la guerra en contra del narco y el bono político de inicio de sexenio. Pero ambos se están disipando para dar paso a la ferocidad de los problemas estructurales de México. Su mayor reto es que el país no se escinda en términos sociopolíticos: los poderes económicos y sectores privilegiados, por un lado, y los grupos empobrecidos del otro. En el primer trimestre de 2007 el PIB aumentó 2.7 por ciento, mientras que las utilidades de la Bolsa Mexicana arrojaron un 19 por ciento. México es un país en el que se sigue abriendo la enorme brecha de la desigualdad.

Por el momento no hay riesgo de que estos brotes de inconformidad sean cosechados por una fuerza política, sea el PRD o el lopez-obradorismo. Pero eso no es necesariamente una buena noticia para Calderón. El peor riesgo es que el país pueda convertirse en un territorio minado por conflictos espontáneos, como el de Atenco o el de Oaxaca, carentes de interlocutores institucionales. Hasta ahora la salida de tales conflictos ha dado lugar a la inestabilidad y, eventualmente, a la represión.

Seis meses de plazo durante los cuales Calderón ha hecho mucho o poco, según se le mire. Ha logrado instalar su presidencia, que no es poca cosa. Pero ha convocado a una guerra a los poderes salvajes del narcotráfico, sin haber comenzado la ardua tarea de atacar los problemas ancestrales que amenazan con incendiar al país. Una carrera contra el tiempo en la que ya ha transcurrido un semestre... y contando. •

JORGE ZEPEDA PATTERSON

Periodista. Autor de los libros: *Los suspirantes* y *El Presidente electo*. Su trabajo puede consultarse en www.jorgezepeda.net.